



## El viaje del elefante

**José Saramago**

**Trad. de Pilar del Río. Alfaguara, Madrid, 2008. 270 pp., 18 50 euros**

- ( 30/01/2009 )

- 



En la Europa cristiana del siglo XVI, Juan III de Portugal regaló un elefante indio a su primo, el archiduque Maximiliano de Austria. El viaje desde Lisboa hasta Viena incluyó la aspereza de la meseta, el paso por montañas heladas, el acecho de los lobos, disputas con soldados españoles y los inevitables conflictos entre los encargados de cumplir las órdenes reales. Dentro del reino animal, el elefante se perfila como un verdadero filósofo estoico. Su cuidador hindú conoce sus virtudes, pero no es tan ingenuo como el sacerdote que le obliga fingir un milagro. Salomón se arrodilla frente a una iglesia. No es un gesto de piedad, pero tampoco de sumisión. Simplemente desea complacer a los humanos, tan crédulos e ignorantes.

El oficial al mando no es más arrogante que cualquier soldado de su época. Su misión le resulta humillante, pues ha sido educado para ejercer el arte de la guerra y no para custodiar a un animal que servirá de entretenimiento a cortesanos ociosos. No le conmueve la pobreza ni la injusticia, pero no soporta que la necesidad de utilizar bueyes guiados por campesinos, convierta a su destacamento en una hilera de mendigos. No siente nostalgia por su familia. El sentimentalismo es incompatible con el espíritu militar. Sin embargo, echa de menos las novelas de caballería, especialmente el *Amadís de Gaula*, guía del caballero cristiano que prefiere la muerte al deshonor.

Al cambiar de dueño, Salomón se convertirá en Solimán. Al salvar a una niña de morir aplastada, el elefante casi adquiere rango de hidalguía. Es un noble bruto, un prodigio de Dios y no un enviado del demonio. Sin la perfección formal de Ramón J. Sender en *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, José Saramago (Azinhaga, Portugal, 1922) imita irónicamente la prosa renacentista, con su mezcla de sencillez coloquial, delicada fantasía y profunda espiritualidad. El humor justifica las licencias poéticas y los anacronismos. Saramago elude el tono impersonal. Lo importante en la obra no es la autonomía, sino el compromiso. Su voz resuena en cada página para expresar su solidaridad con el infortunio y con los marginados, apenas una nota a pie de página en el libro de la historia. Imitando la lección de Erasmo, *El viaje del elefante* escarnece la vanidad humana, mostrando que hasta los reyes resultan ridículos cuando se sitúan cerca de un coloso de cuatro toneladas, que camina por la Tierra con la sabiduría de los antiguos cínicos, despreciando los bienes materiales y el afán de poder. Salomón es un espíritu sencillo, con una humildad evangélica y el ser humano un necio, que acumula títulos y riquezas sin advertir su inutilidad ante el poder igualador de la muerte.